

8-M

Vacunas y mujeres

La primera persona que introdujo la vacunación en Gran Bretaña no fue un hombre



Adela Muñoz Páez

La ciencia ha sido, tras la guerra, la profesión más masculinizada de la historia debido a la exclusión sistemática de las mujeres del conocimiento. A pesar de ello, siempre ha habido mujeres que han contribuido al avance de la ciencia, pero también ellas han sido borradas de la historia. Tal fue el caso de dos mujeres excepcionales que realizaron importantes contribuciones a procesos de vacunación. Recordemos que una vacuna es un fármaco que enseña a nuestro sistema inmunitario a responder de forma rápida y eficiente ante un patógeno, librándonos así de padecer la enfermedad causada por dicho patógeno.

Aunque el descubrimiento de la vacuna contra la viruela suele atribuirse a Edward Jenner en 1796, la primera persona que introdujo el proceso de vacunación en Gran Bretaña fue lady Mary Wortley Montagu. En el siglo XVIII, la viruela era una enfermedad terrible, responsable de la muerte de casi medio millón de personas al año solo en Europa, entre ellas al único hermano de lady Mary. Durante su estancia en Constantinopla, ciudad en la que residía con su marido, embajador del Imperio Británico en la corte otomana desde 1716, lady Montagu observó que la viruela era padecida allí de forma benigna debido a que los niños eran inoculados con un destilado de las pústulas de las personas enfermas que dejaban secar al sol.

Las primeras pruebas

Decidió inocular a sus hijos, que quedaron así inmunizados, y tras volver a Gran Bretaña dio a conocer este descubrimiento a la familia real. La vacuna se probó en un grupo de condenados a muerte a los que les conmutaron la pena, y luego con niños del hospicio. Como ambos grupos quedaron inmunizados, la princesa de Gales se decidió a inocular a sus hijos para librarlos de esta terrible enfermedad. Tras ellos se vacunó la alta sociedad inglesa, pero cuando parecía que la viruela iba a ser desterrada de Gran Bretaña, la iglesia anglicana declaró la práctica de la inoculación «herejía musulmana» y los médicos, descontentos con la iniciativa de una señora sin formación médica que los iba a dejar sin pacientes de viruela, criticaron el proyecto. La inoculación fue prohibida y la viruela siguió cobrándose víctimas durante 70 años más.

Isabel Zandal hizo su aparición estelar poco después del descubrimiento oficial de la vacuna de la viruela, cuando zarpó del puerto de A Coruña a bordo de la corbeta *María Pita* a las órdenes de Francisco Balmis, cirujano de cámara del rey. Según Antonio López Mariño, autor del libro *Isabel Zandal Gómez en los archivos de Galicia*.

Isabel Zandal Gómez procede de una familia de labradores pobres, en el rural gallego.



Leonard Beard

Emigra a A Coruña y, siendo madre soltera, alcanzará a ser rectora de la Casa de Expósitos. En 1803, como parte del equipo médico de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (REFV), emprende un viaje intercontinental de cuatro años, acción que la acredita como la primera enfermera en misión internacional de salud pública. Cuidaba del único eslabón imprescindible de la REFV: los expósitos, entre 2 y 9 años, que —mediante trasvases de brazo a brazo— llevaron hasta América y Asia la primera vacuna conocida, el antídoto contra la viruela. Una vida extraordinaria, desde la cima de un origen muy margi-

Hoy más que nunca es evidente que el mundo necesita la ciencia, y esta, el talento de las científicas

nal hasta la más alta cima del desconocimiento ciudadano. Pese a la gran gesta que protagonizó, sus huellas se perdieron y no se han reencontrado hasta muy recientemente.

Aunque la viruela fue erradicada de la Tierra, hoy una nueva pandemia azota la humanidad, habiendo causado la muerte de más de dos millones y medio de personas en poco más de un año. En este tiempo hemos aprendido mucho sobre el virus que la produce, el SARS-CoV-2, pero nuestra mayor y mejor esperanza proviene de los trabajos que comenzó a realizar una investigadora húngara, Katalin Karikó, hace 30 años. Su objetivo era desarrollar un nuevo tipo de vacunas que no requirieran introducir en nuestro cuerpo patógenos atenuados, sino las instrucciones para que nuestras propias células produjeran las proteínas del virus, las cuales debían activar nuestro sistema inmunitario, conocidas como vacunas de ARN mensajero.

Hoy es más evidente que nunca que el mundo necesita la ciencia. Y la ciencia no puede prescindir del talento de las mujeres. ■

■ Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.

Agresiones

¿Presunción de inocencia?



María Rovira

Cada vez que salen a la luz denuncias de abuso o acoso sexual, hay gente (hombres, en general) que se quedan tranquilos diciendo que «existe la presunción de inocencia». Y hala. Siguiendo tema. Dentro de su cabeza ya lo han resuelto, sin espacio por la duda. Y haciendo esto seguramente se vean a sí mismos como el último baluarte de neutralidad y justicia en este mundo, cada vez más convertido en una insufrible caza de brujas, donde los hombres buenos y justos no pueden estar tranquilos, espada de Damocles oscilando siempre sobre su cabeza, blablabla. Para que esto sea cierto, la otra cara de esta caricatura debe ser la mujer maquiavélica que se inventa unos hechos y los utiliza de ariete para derribar la carrera y la vida de un hombre inocente y exitoso mientras ríe desde su torre. Es absurdo, pero es así.

La presunción de inocencia no funciona para quien denuncia un abuso: miente hasta que se demuestre lo contrario. «¿Dónde están las pruebas?». ¿Dónde está el recibo que deja un agresor cada vez que cruza una línea roja? ¿Él no hizo factura? ¿Y ella? ¿Por qué tarda tanto en decirlo? ¿Por qué no fue a la comisaría más cercana inmediatamente a hacer una denuncia, si no aquella noche, al día siguiente?

Hay muchos motivos por los que las denuncias por la vía administrativa llegan tarde. Por estado de shock, por miedo a la reacción del agresor, por no reconocerse como víctima, por sentirse responsable de la situación, por vergüenza, por falta de apoyo, por pensar que no la creerán. Y por estas razones, y también por miedo y desconocimiento del proceso judicial, muchas denuncias no se efectúan.

No es fácil denunciar una agresión. Como acusado, negar los hechos responde a una motivación muy clara; pero como víctima, alzar la voz y exponerse al juicio público es un proceso muy duro. Pocos alicientes. Cuando despachamos el asunto con «presunción de inocencia» es por empatía hacia el acusado. Nos horroriza pensar en: «¿Y si es inocente y no la estamos creyendo?». Pero si sintiéramos empatía hacia la víctima, nos horrorizaría pensar: «¿Y si está diciendo la verdad, y encima de haber sufrido un abuso, no la creemos? ■